

# El consenso en retirada

Haroldo Dilla Alfonso

**E**N SUS TIEMPOS CREPUSCULARES, LA REVOLUCIÓN CUBANA CONTINÚA captando la atención del mundo. Con ella se cierra un ciclo histórico de proyectos anticapitalistas radicales que animaron las mentes y los corazones de millones de personas y realizaron, en nombre del marxismo y el socialismo, lo que el capitalismo periférico no pudo hacer en términos de justicia social, independencia nacional y desarrollo económico. No pudieron, en cambio, plasmarse en alternativas viables al orden capitalista y finalmente terminaron siendo —de muy diversas maneras— piezas disidentes dentro del mismo sistema capitalista mundial. En términos políticos, el pretendido socialismo no rebasó el horizonte de formas autoritarias endógenas y el marxismo quedó confinado a funciones ideológicas legitimadoras.

En consecuencia, la transición que puede discutirse en torno a Cuba no es fundamentalmente una transición hacia la democracia, sino ante todo una transición hacia el capitalismo periférico. Es un proceso que ya está en marcha y que resulta perfectamente compatible con una parte significativa de los usos autoritarios del régimen político cubano. Lo que el capitalismo mundial exige a Cuba es ante todo el establecimiento de reglas competitivas claras y un escenario adecuado para el «cálculo de previsibilidad» que Weber intuía como vital para el funcionamiento mercantil. Estados Unidos es parte de ese concierto, sólo que sus pretensiones geopolíticas habituales incluyen puntos muy sensibles en esta agenda, en particular un alineamiento orgánico del nuevo sistema con sus políticas y un esquema de gobernabilidad que prevenga situaciones indeseables, como un incremento descontrolado de los flujos migratorios o la permisividad al narcotráfico.

No se trata de una aclaración con fines declaratorios, sino muy sustanciales para los objetivos de este debate. No es intrascendente discutir los pormenores de la transición del actual sistema político hacia otro de factura liberal, sus probables actores y pactos. La adopción de una normatividad e institucionalidad liberal puede implicar usos democráticos y un clima positivo de libertades políticas y civiles. Pero con seguridad será un régimen de funcionamiento muy imperfecto y distante de cualquier tipo ideal. Y, lo que es más significativo, retrotraería muchas de las conquistas sociales revolucionarias y cancelaría, por inoportunos, los espacios de participación que

hoy existen en la sociedad cubana. Finalmente, la democracia continuaría siendo una variable dependiente de las exigencias de la acumulación capitalista y de la gobernabilidad en las nuevas condiciones.

**DEL PACTO FUNDACIONAL  
AL CONSENSO SUBSIDIADO**

La Revolución Cubana implicó —y ha navegado sobre— un pacto social básico entre la clase política revolucionaria y los sectores populares en torno a un programa de justicia social, autonomía nacional, desarrollo y democracia. Pero fue un pacto asimétrico forjado en condiciones particularmente favorables a esta clase política.

Por un lado, la sociedad cubana había sufrido una radical transformación, dada la eliminación —en cuanto actores políticos internos— de la burguesía nativa y de una parte considerable de las clases medias. Exhibía una homogeneidad que podía remitirse estrictamente al concepto de «pueblo», es decir, al conjunto de clases y sectores sociales subordinados en el esquema capitalista precedente. Un pueblo que había protagonizado brillantes jornadas de luchas por sus derechos sociales, políticos y nacionales, pero que arrastraba consigo bajos niveles educacionales y una concepción clientelista de la política. Sus organizaciones (sindicatos, asociaciones campesinas, etc.) fueron subsumidas en una red institucional de apoyo a las medidas revolucionarias que gradualmente serían convertidas en las célebres correas de transmisión del partido leninista en formación.

Fue, además, un proceso catalizado por la agresividad contrarrevolucionaria de Estados Unidos y de los grupos emigrados. La radicalidad creciente del proceso de cambios —especialmente palpable entre 1960 y 1968— tenía un aval de legitimidad en la defensa de la soberanía nacional, uno de los valores más caros del proyecto revolucionario e indudablemente también de la cultura política popular.

Como todo proyecto fundacional, éste fusionó categorías muy distintas, como patria, revolución, pueblo, socialismo, etc., y de paso disolvió las diferencias individuales en un ideal colectivo. Lo que es aun más importante, retrotrajo la noción de la política a un estadio pre-ateniense al mezclar potestad y autoridad, al «legislador» con la comunidad y al derecho con la moral. Y con ello no solamente pudo ocultar algo imprescindible para cualquier democracia política —el reconocimiento de la «fragilidad moral de la ley positiva»<sup>1</sup>—, sino que transformó cualquier disidencia en un atentado a la comunidad, merecedor del ostracismo. En tal contexto, la democracia política tenía que quedar restringida a una noción participativa y localista, y los espacios de libertades y derechos, a la administración discrecional de los nuevos dirigentes, cuya potestad para definir el *desideratum* colectivo les proveyó en consecuencia del poder de excomunión.

<sup>1</sup> Capella, Juan R.; *Fruta prohibida*; Editorial Trotta, Madrid, 1997.

Desde el poder, la nueva clase política revolucionaria tuvo la habilidad y el espacio suficiente para alterar el orden de ejecución de la agenda y colocar a la democracia como una variable dependiente de la consecución de otros objetivos. El propio término «democracia» desapareció del discurso político por más de un lustro, y cuando se retomó, al inicio de los 70, se hizo acompañándolo de las suficientes precauciones como para no alterar la nueva configuración burocrática de poder.

La entrada de Cuba al bloque soviético permitió al país el acceso subsidiado a un mercado poco exigente, a financiamientos de reducida realización y a tecnologías no competitivas, nada de lo cual puede considerarse una bendición a largo plazo tal y como quedó evidenciado en 1990. Pero fue una opción muy oportuna a medio plazo, que no solamente le facilitó una garantía no desdeñable en términos de seguridad nacional, sino también una autonomía sorprendente respecto al cuerpo social, en la misma medida en que desde entonces la reproducción económica del modelo dejó de depender de los factores internos de productividad, eficiencia inversiionista y ahorro. Los subsidios soviéticos tuvieron el efecto de incrementar la asimetría de la alianza social revolucionaria, y aunque a la larga generaban una movilidad ascendente y una complejidad social incompatible con los patrones de autoridad vigentes, puede considerarse que el decenio 1975-85 constituyó el mejor de los mundos posibles para los dirigentes cubanos, ya menos jóvenes, menos revolucionarios y sensiblemente más burocratizados.

Hacia fines de los 80 este mundo se estaba terminando y colapsó cuando el bloque soviético comenzó a desintegrarse. Con ello se perdieron los apoyos externos que habían hecho posible por cinco lustros el ensayo de una «utopía» subsidiada. La historia es perfectamente conocida como para detenernos en una explicación exhaustiva. Baste sólo recordar que tras ensayar fórmulas diversas, todas marcadas por su bien conocido voluntarismo anti-mercado, finalmente el gobierno cubano tuvo que acceder a una reforma económica incoherente y sujeta a contramarchas, pero que definitivamente ha comenzado la reinsertión de parcelas económicas y regiones nacionales en la economía capitalista mundial. Ello y la dinámica social que genera constituyen el dato más relevante de la sociedad cubana contemporánea. El resto —los opiáceos discursos de los dirigentes cubanos y sus intelectuales, las manifestaciones callejeras, las consignas apocalípticas, etc.— son sólo «daños colaterales» de corto plazo.

#### LOS DESAJUSTES SISTÉMICOS Y LAS PENURIAS DEL CONSENSO

Contrariamente a los cataclísmicos vaticinios de la derecha emigrada y sus apoyos norteamericanos, el gobierno cubano no colapsó al calor de la brutal crisis económica y del empobrecimiento social subsiguiente. Sin lugar a dudas, fue un logro histórico que evitó la revancha contrarrevolucionaria de la licantrópica derecha exiliada.

Desde entonces, sin embargo, el gobierno cubano se vio obligado a encarar dificultades mayores y más complejas, y hacerlo en la contradictoria situación de que cualquier paso adelante contribuía a incrementar los desajustes estructurales del sistema y del consenso político. La clase política cubana se ha visto crecientemente inmersa en una situación muy contradictoria, en que debe responder efectivamente tanto a las demandas de la acumulación como del pacto social revolucionario y, al mismo tiempo, hacerlo conservando los pilares claves para la reproducción de su proyecto de poder político.

Inicialmente intentó hacerlo (o al menos toleró que otros lo intentaran) mediante la apertura de algunos espacios de debate, la movilización social sobre nuevas bases y la reforma económica, un promisorio capítulo que fue abruptamente cerrado en 1996. Desde entonces, la única opción presentada a la sociedad ha sido el constreñimiento de la política (y de las políticas) a objetivos cortoplacistas, la exacerbación nacionalista y la acentuación de los rasgos autoritarios y personalistas del régimen político. La noción del pluralismo y la diversidad dentro del campo revolucionario quedó sepultada por la entronización de lo que el propio Partido Comunista condenara en 1990 como «el irreal afán de la unanimidad». La «inmutabilidad» no es solamente una aspiración del régimen político, sino también una condición de supervivencia.

La crisis de los 90 no sólo limitó severamente la capacidad de asignación de recursos y valores por parte del estado (un pivote clave del pacto), sino que abrió las puertas a la entrada de nuevos competidores en este campo y en otros aún más delicados, como la producción ideológica y cultural. Iglesias, ONG, grupos intelectuales y asociaciones diversas, comenzaron a producir discursos críticos de diferentes tonos que tuvieron un espacio limitado pero novedoso de difusión en medio del estupor de la clase política en recomposición. Pero ninguna de estas instituciones tuvo un impacto similar al producido por la entrada (sea por la puerta principal o del fondo) del mercado.

La entrada del mercado significó no solamente una dislocación del esquema igualitario (su perfil más comentado), sino sobre todo la inserción sistémica de un nuevo mecanismo de asignación de recursos económicos y de movilidad social diferente y regularmente opuesto al mecanismo centralizado estatal. Este mercado —internamente localizado en las actividades económicas dinámicas, pero también conformado por la comunidad emigrada (el gran mercado transnacional del cubano común)— es además un eficiente productor de ideología. Los ganadores de este proceso de reforma —la nueva élite tecnocrático-empresarial regularmente proveniente de la propia clase política o formada por sus políticas en curso— son los más eficientes productores ideológicos de la Cuba contemporánea, al mostrar a los empobrecidos cubanos comunes el convincente espejismo de que la relación con el mercado es la vía más expedita hacia la prosperidad individual.

Los académicos cubanos han tomado nota de este fenómeno desde diversos ángulos. Nova<sup>2</sup>, Everlery<sup>3</sup> y Añé<sup>4</sup> han enfatizado en sus estudios los efectos de la reforma económica en cuanto al crecimiento de la desigualdad y la aparición de una franja de pobreza cuya expansión es contenida por las políticas sociales y de subsidios en retirada del estado cubano. Otros (Hernández<sup>5</sup>, Espina<sup>6</sup>, Domínguez<sup>7</sup>, Suárez<sup>8</sup>), desde el ámbito sociológico, han intentado una aproximación a los posibles efectos ideológicos/culturales de estos procesos de creciente desigualdad y diferenciación social. Lo llamativo de estos últimos autores es que, a pesar de sus sustanciales análisis, terminan afirmando que la sociedad cubana puede esperar de los actuales procesos una versión superior de socialismo. Con alto ingenio semántico, Espino lo denomina «el socialismo alternativo posible»; Hernández, más formal, prefiere llamarlo «reordenamiento y transición socialista», y Suárez, sencillamente, «un socialismo más bonito y mejor». Si me detengo en esta última observación es sólo para destacar que, siendo estos autores puntos de referencias obligadas del pensamiento social en la isla, demuestran en sus artículos el corrimiento ideológico que se produce en el país y el uso retórico que se puede hacer en Cuba del concepto socialista.

No hay espacio para dudas: el consenso político en torno al sistema cubano se ha erosionado al calor del empobrecimiento de las mayorías, del bloqueo por parte del gobierno de cualquier proyecto de renovación socialista sobre bases democráticas y de la persistencia de un discurso político fundamentalista poco creíble para una población con un nivel alto de calificación. El asunto es en qué medida y cómo. Para acercarnos a una valoración al respecto podríamos usar dos variables: los hechos políticos cuantificables y las pocas encuestas realizadas y publicadas.

Los hechos políticos cuantificables más seguros son las elecciones, pues el acto de votar es secreto y no existen denuncias ni informaciones de que el gobierno cubano cometa fraudes o alteraciones de resultados, al menos de

<sup>2</sup> Nova, Armando; «La nueva relación de producción en la agricultura», en: *Revista Cuba: Investigaciones Económicas*, La Habana, enero-marzo, 1998.

<sup>3</sup> Everlery, Omar; «Ciudad de la Habana: desempeño económico y situación social», en: *La Economía Cubana en el 2000*; CEEC, La Habana, abril, 2001.

<sup>4</sup> Añé, Lia; «La reforma económica y la economía familiar en Cuba», en: *Reforma económica y cambio social en América Latina y el Caribe* (comp. por Mauricio de Miranda); TM Editores, Cali, Colombia, 2000.

<sup>5</sup> Hernández, Rafael; «Si urna de cristal: reordenamiento y transición socialista en Cuba», en: *Cambio político en el Caribe*, (comp. por W. Lozano); Nueva Sociedad, Caracas, 1998.

<sup>6</sup> Espina, Mayra; «Transición y dinámica de los procesos socioestructurales», en: *Cuba: construyendo futuro*; Editorial El Viejo Topo, Madrid, 2000.

<sup>7</sup> Domínguez, María I.; «Generaciones y mentalidades: existe una conciencia generacional entre los jóvenes cubanos», en: *Cuba: construyendo futuro*; Editorial El Viejo Topo, Madrid, 2000.

<sup>8</sup> Suárez, Luis; *El siglo XXI: posibilidades y desafíos para la Revolución Cubana*; Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000.

una manera significativa. Desde 1993, al amparo de la nueva ley electoral, los cubanos tienen la oportunidad de elegir a los diputados a la Asamblea Nacional cada cinco años, y hacerlo mediante boletas donde aparece un candidato por cada puesto a ocupar, y que son nominados por comisiones electorales compuestas por las organizaciones sociales oficiales. Los ciudadanos tienen el derecho a votar por todos los candidatos, solamente por algunos o por ninguno, esto último anulando la boleta o votando en blanco, lo que convierte este voto negativo en un voto nulo. En la etapa previa a las elecciones, el gobierno desarrolla una intensa campaña propagandística a favor del voto por todos los candidatos —denominado «voto unido»— lo que según la retórica oficial corresponde a la única manera de votar «por la patria, la revolución y el socialismo».

En total se han realizado tres elecciones de diputados —en 1993, 1998 y 2003— y en los tres casos los resultados proporcionales son muy similares: entre un 85 y un 90 por ciento de los votantes potenciales lo hicieron siguiendo las indicaciones del gobierno cubano y votaron por todos los candidatos. El resto, entre un 15 y un 10 por ciento, no votó, votó en blanco, anuló sus boletas o no votó «unido». En las últimas elecciones esta franja contenía cerca de un millón de personas, ciertamente una minoría contra los ocho millones que votaron fielmente, pero habría que reconocer que una minoría significativa. No hay razones para creer que todas ellas sean opositoras, pero la extrema polarización en que se producen estas elecciones indica que al menos son personas con un alto nivel de insatisfacción.

A primera vista, estas estadísticas pudieran indicar el desprendimiento de una franja crítica minoritaria de un bloque social de apoyo que continúa siendo mayoritario. Sin embargo, valdría la pena preguntarnos si necesariamente todas las personas que ejercen el voto de acuerdo con las orientaciones del gobierno constituyen una franja homogénea de apoyo activo, para decirlo con palabras del discurso oficial, que votan «por la patria, la revolución y el socialismo».

Es interesante anotar que casi inmediatamente después de las elecciones de 1998, la Oficina de Intereses de Estados Unidos realizó su convocatoria para obtener visas para asentarse definitivamente en ese país, a la que respondieron unas 732 mil personas de un universo clasificable de dos millones y medio, algo menos del 30 por ciento. Por consiguiente, inevitablemente una parte significativa de los votantes leales que ejercieron el sufragio «por la patria, la revolución y el socialismo» estaban aspirando a emigrar al país capitalista por excelencia, enemigo histórico de la patria y empeñado desde hace cuarenta años en derrocar a la Revolución.

En 1994, justamente en el año pico de la crisis y cuando se produjo la crisis de los balseros, la firma Gallup realizó una encuesta en las calles cubanas que preguntaba a los entrevistados su adscripción a una lista de posiciones políticas. El resultado fue que un 48 por ciento se autocalificaba de «revolucionarios», un 11 por ciento como «comunistas» y otro tanto como «socialistas», mientras que sólo un 23 por ciento se consideraba

«opuestos al sistema» (*Cuba Update*, 1995). El último dato es concluyente: sólo una minoría mantenía un estado de ánimo antisistema. Pero no queda claro la distinción que pueda hacer un cubano común entre ser revolucionario, socialista o comunista. Probablemente, los dos últimos términos sean indistinguibles en sentido ideológico, y expresen un sector de compromiso firme con el sistema. Pero habría que reconocer que la preferencia mayoritaria por el término «revolucionario» ofrece al menos un resquicio de dudas, sobre todo cuando había disponibilidad de opciones más militantes.

En este sentido, ser revolucionario pudiera estar referido al reconocimiento de las conquistas sociales y patrióticas de la revolución, a una definición antitética respecto a la negación de esa obra por quienes son «contrarrevolucionarios», y de cualquier manera no debemos olvidar que en la historia de Cuba durante los últimos ciento cincuenta años ha existido una tendencia a identificar la virtud política con la condición de ser «revolucionario»<sup>9</sup>.

Los resultados obtenidos por Milán (1998) son comparables a los que obtuvo la Gallup. Este autor desarrolló una encuesta sobre una muestra reducida de 137 hogares, pero altamente representativa, en varios barrios de la capital. Su más notable hallazgo, a partir del entrecruzamiento de varias preguntas indirectas, es que un 20 por ciento de los entrevistados no mostraba ninguna esperanza de que el actual sistema político pudiera producir una mejoría en sus vidas y se pronunciaba por un reemplazo sistémico, mientras que otro 26 por ciento creía que sólo era posible conseguir esa mejoría en el marco del sistema político actual. El resto, un 47 por ciento, prefirió centrar la solución de esos problemas en esfuerzos individuales, sin referencias al sistema político como tal.

Si comparamos estos hallazgos con los arrojados por la Gallup y las propias elecciones, es posible adelantar la tesis de que la sociedad cubana comienza a vivir un proceso de polarización entre dos minorías —pro y antisistémicas— mientras que la mayoría prefiere centrar su actividad en la realización individual, fundamentalmente al margen de las expectativas políticas.

Sin embargo, no se trata de una franja ajena a la política, o cuyos valores no tengan nada que ver con el discurso político, en particular cuando éste se refiere a temas duros de la cultura política nacional como el patriotismo, la solidaridad y la igualdad social. Por consiguiente, es una franja que contribuye de manera pasiva a la estabilidad del sistema y puede en ocasiones apoyarlo activamente, aunque también sumarse a disrupciones políticas en condiciones críticas. Huelga anotar que en esta franja se juega el futuro del consenso político y de la estabilidad política del país.

---

<sup>9</sup> En una investigación dirigida por el autor en cuatro municipios entre 1988 y 1990, halló un dato interesante a estos fines. Aunque los encuestados consideraban la condición de «ser revolucionario» como una garantía innegociable para cualquier cargo público, la definición de esta condición no era política, sino ética y remitida a valores como la solidaridad, el amor al trabajo, la dedicación y la lealtad a la comunidad (Dilla, Haroldo, et al.; *Participación y desarrollo en los municipios cubanos*; Centro de Estudios sobre América, La Habana, 1993).

El hecho de que el Partido Comunista gobierne en Cuba con el apoyo activo de una minoría no debe conducir a falsas conclusiones. Puede hacerlo holgadamente siempre que la minoría antisistema no crezca. El drama principal de este apoyo podría ser que se compone de sectores sociales en retroceso —personas de mayor edad, menor nivel educacional y proclives a aceptar los liderazgos carismáticos— o de grupos oportunistas que, como la élite tecnocrática empresarial y sus aliados, conciben la protección estatal como una garantía temporal para realizar sus acumulaciones originarias.

La franja que podemos llamar antisistémica se caracteriza por su desorganización, a lo cual han contribuido por igual la siempre incitante perspectiva de emigrar a Estados Unidos y la capacidad represiva y anatematizadora del gobierno cubano, pero en no menor medida, la inoperancia política de la oposición organizada. Es evidente, tanto para los opositores como para el gobierno cubano, que la represión ha sido un factor de contención de la actividad disidente. Pero si esta represión ha podido funcionar es porque se asienta en argumentos creíbles para una parte significativa de la población y porque los costos internos de la represión son menores que los de la tolerancia de esta oposición. Y la principal causa de esta desconexión es su incapacidad crónica para ofrecer a la sociedad cubana un programa alternativo afín a la cultura política y los valores desarrollados en las últimas cuatro décadas.

#### LA COSTOSA RACIONALIDAD DEL CORTO PLAZO

Tras más de una década de la desaparición del bloque soviético y de aguda crisis económica, el gobierno cubano ha logrado resolver algunos problemas, pero ha fracasado frente a otros (Dilla, 2002). Sus logros le han permitido mantener la gobernabilidad del sistema a partir de la conservación de la alianza social básica del proceso revolucionario, y con ello evitar la pobreza extrema y mantener un nivel positivo de servicios sociales. Ha logrado contrarrestar la hostilidad obsesiva de Estados Unidos. No menos significativa ha sido su capacidad para recomponer la clase política, particularmente desde el V Congreso del Partido Comunista, garantía clave del consenso. Desafortunadamente, ha fracasado en garantizar un crecimiento económico sostenido, de manera que la economía cubana aún no ha alcanzado los índices elementales de 1989. No menos relevante ha sido su fracaso para establecer un régimen político capaz de incluir de manera democrática la diversidad social existente, siquiera de aquellos sectores críticos orgánicos al propio sistema.

A pesar de los discursos estridentes y de las alegorías frecuentes a la marcha de la historia, tanto unos como otros resultados han estado determinados por políticas donde ha primado el instinto cortoplacista sobre otras consideraciones estratégicas de largo plazo y, por consiguiente, se trata de contextos de dudosa sostenibilidad. En términos del tema que aquí tratamos, estas políticas pudieran ser resumidas en seis aspectos.

[1] Retroalimentación del pacto social básico del proyecto revolucionario mediante la conservación de los programas sociales y de los cotos de consumo subsidiado.

[2] Administración de los procesos dimanantes del mercado a partir de una fuerte presencia regulatoria estatal, incluyendo aquí el control/cooperación de los sectores tecnocrático/empresariales emergentes.

[3] Fragmentación de los sujetos sociales, tradicionales o emergentes, sea en la economía, en la política o en la administración selectiva de los derechos civiles y políticos.

[4] Prevención y represión a bajo costo de acciones disruptivas del orden existente, sean estas políticas, intelectuales o de acción social, sin distinción de sus orientaciones político-ideológicas.

[5] Recurrencia discursiva a los núcleos duros del consenso, y en particular al nacionalismo, presentando a Cuba como el último bastión de la dignidad mundial en temas tan distantes como la guerra en Iraq y las olimpiadas.

[6] Reciclaje de la clase política a partir de la promoción de jóvenes, militares y tecnócratas, todos ellos distinguibles por sus posiciones duras y de lealtad a la figura del máximo dirigente cubano.

Hay, sin embargo, una serie de nudos gordianos sistémicos que deben ser resueltos para continuar avanzando en función de metas inseparables del funcionamiento de cualquier sistema político, pero cuyas soluciones, al mismo tiempo, erosionarían dramáticamente las bases de ese funcionamiento político.

El primero de estos entrabamientos se produce en el campo de la economía. Si la economía no crece sustancialmente, el déficit de consumo acumulado puede tornarse explosivo; resultaría muy difícil mantener el actual esquema de gastos sociales y se agudizaría aún más la desigual relación entre demandas crecientes y más complejas y recursos disminuidos. Aunque el contexto internacional adverso —marcado por el bloqueo norteamericano— es un factor de obstrucción en este sentido, en términos puramente técnicos el gobierno cubano tiene a su disposición un stock considerable de acciones internas de auspicio que producirían un efecto positivo en la producción, los servicios y los empleos. Entre otras pudiéramos mencionar una mayor descentralización de las grandes empresas estatales a partir de una profundización del programa de «perfeccionamiento» empresarial diseñado por el propio gobierno, la legalización de la pequeña y mediana empresa y una efectiva autonomización del sistema cooperativo rural.

Sin embargo, el gobierno cubano ha mostrado una tenaz reticencia a actuar en esta dirección. Para ello ha argumentado consideraciones ideológicas —el significado pro-capitalista de estas medidas— sin tener en cuenta que cualquiera de ellas puede ser acompañada de enfoques asociativos —cogestión y participación obrera, cooperativas, etc.— que reforzarían los espacios socialistas en retirada y que finalmente son más socialistas que las pasiones estatistas del gobierno. La reticencia del gobierno cubano a avanzar en esta dirección no es el resultado de un sentimiento anticapitalista, sino de su ins-

tinto corporativo de conservación, en la medida en que cualquier paso adelante produciría una dinámica social autónoma y una unificación de los hoy fragmentados mercados, condición esta última indispensable para el monitoreo del emergente sector tecnocrático/empresarial. En consecuencia, la dirigencia cubana se coloca en una compleja encrucijada en la que la única vía para producir una reproducción económica ampliada pasa por el debilitamiento de su propio proyecto de poder.

Un segundo nudo contradictorio se ubica en la esfera internacional. Como antes apuntaba, la agresividad de Estados Unidos respecto a Cuba es un resultado de la vocación monroísta norteamericana y un exponente de su interés en devenir un actor interno de la política doméstica. Estados Unidos no pide una negociación, sino una rendición. Pero es también evidente que el gobierno cubano ha sabido jugar con esta variable con vistas a consolidar sus apoyos internos. Tras cuatro décadas de entrenamiento en el arte de la confrontación, es difícil pensar la política en Cuba separada de ella. Y al consenso en la Isla separado de la percepción (real o construida) del peligro exterior.

A pesar de que la Casa Blanca está actualmente habitada por un sector irracionalmente unilateralista y ultraderechista, el bloqueo americano sigue su marcha hacia la extinción. Nuevamente aquí el gobierno cubano ha mostrado su habitual habilidad para tratar con sus vecinos mediante una política de atracción de intereses económicos en una sociedad que siempre prioriza a sus clientes. Y con ello, apuntala la tendencia antes mencionada, pero a partir de motivaciones mercantiles que relegarían los condicionamientos políticos.

La pregunta clave aquí es en qué medida una normalización de relaciones con Estados Unidos, o al menos un relajamiento sustancial de tensiones, debilitaría la capacidad de convocatoria de un discurso político que enfatiza la cuestión nacional, sin lugar a dudas su argumento más duro y creíble, y vital para prevenir el corrimiento de la amplia franja de apoyo pasivo. Otro avance sensiblemente contradictorio para los dirigentes cubanos.

El tercer plano contradictorio se sitúa en el campo del liderazgo político. La crisis ha acentuado de una manera extraordinaria los enfoques personalistas centrados en la figura de Fidel Castro. El presidente cubano ha sido una pieza clave tanto para la preservación de una franja imprescindible de apoyo activo como para la unidad de la clase política. Con su proverbial habilidad, Fidel Castro ha sido capaz de reprimir o domesticar las tendencias disidentes dentro de la élite posrevolucionaria, dirigir el reclutamiento de nuevos integrantes, y al mismo tiempo convencer a buena parte de la población de que el presente crítico es la mejor opción ante la panoplia de ofertas de futuro colocadas en el mercado político.

Sin embargo, no es difícil advertir que este centralismo extremo deviene un problema insoluble cuando el presidente cubano desaparezca total o parcialmente de la escena política, sobre todo porque el sistema carece de mecanismos internos de concertación y negociación. Por un lado, ello pudiera producir desgajamientos en los «fidelistas» activos —aquellas personas cuyas motivaciones políticas están fuertemente ligadas a la lealtad a la figura del

presidente cubano— o en la propia clase política, cuya supuesta unanimidad está visceralmente ligada al monitoreo admonitorio de un máximo dirigente en estado de creciente senilidad.

Aunque, efectivamente, la situación descrita habla de la alta fragilidad del sistema político cubano y en particular de su régimen político —complementada legalmente por la olímpica pretensión de la «inmutabilidad»—, nada de ello indica que la transición operará en el vacío institucional, tal y como imaginan con fantasía de adolescentes los no menos «inmutables» líderes históricos del exilio y sus herederos. En Cuba existen casi todos los actores para negociar casi todo, en la economía y en la política. Y será del propio Partido Comunista de donde emergerá el núcleo de la nueva clase política con todas las adscripciones imaginables.

Resalto el adverbio «casi» por una razón muy poco edificante para quienes pensamos la vida y la política desde una posición de izquierda, identificada con la equidad social, una relación amistosa con el medio ambiente, un estado responsable de los derechos de sus ciudadanos y una democracia distinta de la versiones elitistas consideradas hoy como el mejor de los mundos posibles.

La crisis y el empobrecimiento, por un lado, y las ofensivas políticas del gobierno cubano, por el otro, han producido una desmovilización sin precedentes de los sectores populares y la obliteración de las incipientes propuestas socialistas de cambio. Casi una década después del exabrupto contrarrevolucionario de la dirigencia del Partido Comunista de 1995/1996, el espectro político y el pensamiento social cubanos están más a la derecha que nunca antes en la historia revolucionaria. Plantear una alternativa socialista para la transición, deberá comenzar por la propia crítica a esa historia revolucionaria y por el rescate de la noción de socialismo del secuestro impuesto por los dirigentes cubanos. Y es también retomar como genuinas conquistas históricas los innumerables logros sociales y culturales de las últimas cuatro décadas. Como decía uno de los mejores diálogos de *El señor de los anillos*, es importante que las épocas cambien, pero también que seamos capaces de recordarlas.